

Algunas personas atrevidas se aventuraban, siguiendo el ejemplo del señor Landoy, á reconocer en Gilliatt ciertas circunstancias atenuantes. Algunas especias de buenas prendas, su sobriedad, su abstención de aguas-dulces y de tabaco, y á guisa de honor de él, su diligencia en el oficio: No debe ni fumar, ni tomar vino.

Pero la sobriedad no es una cualidad sino cuando se tienen otras.

La versión pública según á Gilliatt.

Pero ni fin, como marcon. Gilliatt podía prestar servicios. Cierta Viernes Santo, á media noche, día y hora, resados para cas óspecie de cuestiones; todos los esclavos de la isla, por inspiración propia ó por convenio tácito, se trasladaron en grupo al fte de la Calle, supliendo á Gilliatt con las manos juntas que les curase. El sereno y el malhadado quedó reconciliado.

estando estas entabladas por ser el documento a que se refiere el texto de la novela. No hay nada más que decir en este punto. Pero el asunto lo trata casi como un caso de fuerza. Pero el asunto lo trata casi como un caso de fuerza. Pero el asunto lo trata casi como un caso de fuerza.

VI.

LA PANZA.

Tal era Gilliatt.
 Parecia feo á las muchachas.
 No lo era sin embargo. Era tal vez hermoso. Habia en su perfil algo de un bárbaro antiguo. Cuando estaba inmóvil, parecia un Dacio de la columna trajana. Sus orejas eran pequeñas, delicadas, sin lóbulo, y de una admirable forma acústica. Tenia entre los dos ojos la altiva arruga vertical del hombre audaz y perseverante. Los dos ángulos de su boca estaban como caidos, lo que da á las facciones una apariencia de amargura; su frente ofrecia una curva noble y serena; su pupila franca miraba bien

aunque estaba enturbiada por ese fruncimiento á que habitúa á los pescadores la reverberacion de las olas.

Su risa era pueril y encantadora. No hay marfil mas puro que sus dientes. Pero el solano le habia casi ennegrecido. No se mezcla un hombre impunemente con el Océano, la tempestad y la noche; tenia treinta años, y parecia tener cuarenta y cinco. Llevaba la sombría máscara del viento y del mar.

Se le habia dado el sobrenombre de Gilliatt el Maligno.

Una fábula de la India dice: Un dia Brahma preguntó á la Fuerza: ¿quién es mas fuerte que tú? La Fuerza respondió: La Destreza. Un proverbio chino dice: ¿Qué no podria el leon si fuese mono? Gilliatt no era leon ni mono; pero las cosas que hacia confirmaban el proverbio chino y la fábula india. De estatura regular y de fuerza ordinaria, era su destreza tan ingeniosa y potente, que hallaba medios de levantar fardos de gigante y de llevar á cabo prodigios de atleta.

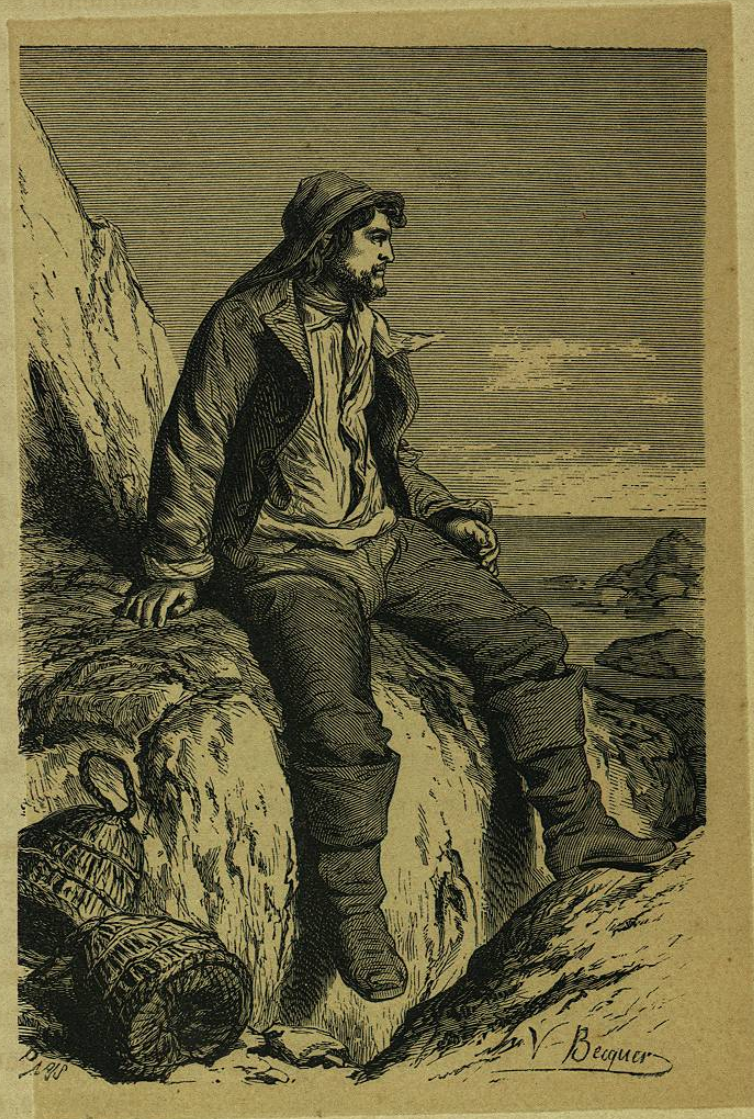
Habia en él algo de gimnasta, y se servia del mismo modo de una mano que de otra.

No cazaba, pero pescaba. Tenia lástima á los pájaros, pero no á los peces.

Era nadador escelente.

Lo soledad aguza el ingenio del hombre, ó le vuelve idiota.

Gilliatt se presentaba bajo los dos aspectos. De cuando en cuando se le veia con el «ademan atónito» de que hemos hablado, y parecia una bestia.



GILLIATT.

En otras ocasiones tenia una misteriosa profundidad en la mirada. La antigua Caldea ha tenido hombres análogos; á ciertas horas la opacidad del pastor se volvia transparente y dejaba ver al mago.

En resumen, Gilliatt no era mas que un pobre hombre que sabia leer y escribir. Es probable que se hallase en el límite que separa al soñador del pensador. El pensador quiere, el soñador se somete. La soledad se añade á los simples, y los complica de cierta manera. Ellos se penetran sin saberlo de horror sagrado.

La sombra en que se sumergia el espíritu de Gilliatt se componia en cantidades casi iguales de dos elementos, ambos oscuros, pero muy diferentes.

En él, la ignorancia, achaque; fuera de él, el misterio, inmensidad.

A fuerza de trepar por los alcantilados, de escalar las peñas tajadas, de ir y venir por el archipiélago en todos los tiempos, de navegar y maniobrar en la primera embarcacion que se le presentaba, de arriesgarse de dia y de noche en los derroteros mas difíciles, habia llegado á ser, sin sacar de ello ningun partido y solo por placer y por capricho, un marino sorprendente.

Era piloto nato. El verdadero piloto es el marino que navega mas aun sobre el fondo que sobre la superficie. Lo ola es un problema exterior, continuamente complicado por la configuracion submarina de los lugares que el buque recorre. Al ver á Gilliatt entre los escollos y los arrecifes del archipiélago normando, parecia que debajo

30333

de la bóveda del cráneo tenía una carta geográfica del fondo del mar. Conocía todos los peligros, y todos los retaba.

Conocía las balizas mejor que los cuervos marinos y filocorcoras que se paran en ellas. Las diferencias imperceptibles que distinguen una de otra las cuatro boyas del Creux, de Alligande, de los Tremies y de la Sardrette, eran para él, hasta en días nebulosos, perfectamente claras.

No vacilaba ni sobre la estaca oval de Anfré, ni sobre la lanza de tres puntas de la Rousse, ni sobre la bola blanca de la Corbette, ni sobre la bola negra de Longne-Pierre, y ningún miedo había de que confundiese la cruz de Goubeau con la espada clavada en tierra de la Platte, ni la baliza en forma de martillo de los Barbées, con la baliza en forma de cola de golondrina del Moulinet.

Su rara ciencia de marino la manifestó especialmente un día en que hubo en Guernesey una de esas justas marítimas que se llaman regatas.

La cuestión era la siguiente: estar solo en una embarcación de cuatro velas, conducirla desde Saint-Sampson á la isla de Herm, que está á una legua, y volver en ella desde Herm á Saint-Sampson. Hacer maniobrar un hombre solo un buque de cuatro velas, es empresa que no hay pescador que no la acometa, y la dificultad no parece grande, pero hé aquí lo que la agravaba; en primer lugar, la misma embarcación, que era una de esas anchas y fuertes chalupas ventradas de otro tiempo, que estaban

de moda en Rotterdam, y que los marinos del último siglo llamaban *panzas holandesas*.

Aun en la actualidad se encuentra algunas veces en el mar á esa antigua gabarra de Holanda, mofletuda y chata, que tiene á babor y á estribor dos alas que se bajan alternativamente según el viento y reemplazan la quilla. En segundo lugar, la vuelta de Herm, vuelta que se complicaba con un pesado lastre de piedras. El buque debía salir vacío y volver cargado. El premio del certámen era la misma chalupa, dada de antemano al vencedor.

Aquella panza había servido de buque-piloto; el piloto que la había montado y conducido por espacio de veinte años, era el marino más robusto de la Mancha, y cuando él murió no quedó nadie para gobernar la panza, y se resolvió hacer de ella el galardón de una regata.

La panza, aunque sin alcázar ni cubierta, era una embarcación que tenía ciertas cualidades, y podía tentar á un maniobrista. Tenía el mástil inclinado hácia adelante, lo que aumentaba la fuerza de tracción del velamen. Otra ventaja, la arboladura no estorbaba el cargamento. Tenía un casco sólido, era pesada, pero espaciosa, y tomaba bien el viento; era una verdadera barca de confianza.

Hubo empeño en disputársela; la lucha era ruda, pero el premio valía la pena. Se presentaron siete ú ocho pescadores, los más vigorosos de la isla. Hicieron sucesivamente el ensayo, y ni uno pudo llegar á Herm. El último

que luchó era conocido por haber salvado á remo, estando la mar muy gruesa, la peligrosísima barra que hay entre Serz y Breig-Hou. Sudando á mares, condujo la panza á la orilla, y dijo: Es imposible. Entonces Gilliatt entró en la barca; empuñó primero el palo de virar, luego la escota mayor, y se hizo mar adentro. Después, sin aferrar la escota, lo que hubiera sido una imprudencia, y sin soltarla, lo que le hacia dueño de la vela mayor, dejando á la escota rodar en los estrobos á merced del viento sin trivar, cogió con la mano izquierda el timon. En tres cuartos de hora llegó á Herm. Tres horas después, no obstante haberse levantado un fuerte viento del Sur, y haber tomado la rada á lo ancho, regresaba á Saint-Sampson con el cargamento de piedras.

Por lujo y bravata, habia añadido al cargamento el pequeño cañon de bronce de Herm, que todos los años, el día 5 de noviembre, los habitantes de la isla disparaban en conmemoracion de la muerte de Guy Fawkes.

Digamos de paso que Guy Fawkes, cuya muerte es causa de tanta alegría, murió hace ya doscientos sesenta años.

Así sobrecargado y reventado, Gilliatt, aunque tenia de sobra el cañon de Guy Fawkes en su barca, y el viento del Sur en su vela, condujo, ó por mejor decir arrastró, la panza á Saint-Sampson.

Mess Lethierry, en vista de eso, exclamó: ¡Hé aquí lo que se llama un marino valiente!

Y tendió la mano á Gilliatt.

Volveremos á hablar de mess Lethierry.

La panza fue adjudicada á Gilliatt.

Esta aventura no hizo mas que confirmar el apodo que le daban de Maligno.

Algunos declararon que el hecho nada tenia de admirable, en atencion á que Gilliatt habia escondido en el buque una rama de meliloto silvestre, lo que no pudo probarse.

Desde aquel dia Gilliatt no se embarcó mas que en la panza.

En aquella pesada barca iba á la pesca. La amarraba en el pequeño fondeadero que tenia para él solo debajo de la pared misma de su casa del Bu de la Calle. Al anocheecer se echaba al hombro sus redes, atravesaba su huerto, pasaba al otro lado del parapeto de áridas piedras, brincaba de una roca á otra, y saltaba á bordo de la panza. De allí, mar adentro.

Cogia mucha pesca, pero se aseguraba que tenia siempre en el buque la rama de meliloto. El meliloto es el níspero. Nadie habia visto la rama, pero todo el mundo creia en ella á pies juntillos.

El sobrante de la pesca no lo vendia, lo regalaba.

Los pobres recibian la dádiva, mas no por eso se la agradecian, á causa de la rama del meliloto. Es una picardía hacer fullerías con el mar.

No se limitaba á ser pescador. Por aficion y para distraerse, habia tomado tres ó cuatro oficios. Era carpintero, herrero, carretero, calafate, y tenia tambien algo de ma-

quinista. Nadie gobernaba una rueda tan bien como él.

Se construía él mismo, por un mecanismo propio suyo, todos los chismes de pesca.

En un rincón del Bu de la Calle tenía una pequeña fragua y un yunque, y como la panza no tenía más que una ancla, él mismo y sin auxilio de nadie se hizo otra, que era excelente. El arganeo tenía la fuerza que requería, y Gilliatt, sin que nadie se lo hubiese enseñado, había hallado la dimensión exacta que debe tener el cepo para que el ancla no zozobre.

Había á fuerza de paciencia reemplazado todos los clavos del bordaje con cabillones y cabillas, haciendo así imposible los agujeros de la herrumbre.

De esta manera había aumentado considerablemente las buenas cualidades de la panza, de la cual se aprovechaba para ir de cuando en cuando á pasar un mes ó dos en algun islote solitario como Chousey ó los Casquets.

La gente decía: Gilliatt se ha marchado. Y su ausencia no desazonaba á nadie.

VII.

EN CASA ENDEMONIADA, MORADOR ENDEMONIADO.

Gilliatt era el hombre del sueño, y de esta circunstancia nacían sus audacias y sus timideces. Tenía ideas propias, ideas que podían llamarse suyas.

Había tal vez en Gilliatt algo del alucinado y del iluminado. El alucinamiento lo invade todo; se apodera lo mismo de un rústico como Martín, que de un rey como Enrique IV. Lo desconocido causa algunas veces sorpresas al espíritu del hombre. Una rasgadura brusca de la sombra deja de repente ver lo invisible, y luego vuelve á cerrarse. Estas visiones son algunas veces trasfigurativas; hacen de un conductor de camellos un Mahoma